

do y declaró á su hermana, ésta le dijo, irguiéndose pálida y seca, como una tibia muy grande:

—Te juro que arderá este palacio por las cuatro esquinas, en cuanto tú me traigas á él una cuñada de esa traza.

Por lo cual había *renunciado* Manrique Vélez á casarse con Nieves Bermúdez.



XVII

MAR AFUERA

LE digo á usted, ¡carape!, que este es un problema que marea. Vengan aquí todos los sabijondos de la tierra, y pruébenme que cabe dentro del sentido común el que un hombre con barbas se pase media noche en claro, por el disgusto de no haber subido á Pelechés en cuarenta y ocho horas. ¡Qué han de probar? Y mucho menos si yo les digo: «reparen ustedes que el hombre de mi ejemplo no tiene obligaciones que cumplir allí, ni debe una peseta al padre, ni está enamorado de la hija, ni Cristo que lo fundó; que no es más que un tertuliano de la casa y un amigo que pasea á menudo con los señores de ella, no desde el principio de los tiempos, sino de dos meses acá; que si no ha concurrido á las dos últimas tertulias del anochecer, es porque á esas mismas horas ha tenido ocupaciones de importancia en la botica de su

padre, que le da el pan de cada día; que ese hombre jamás ha conocido el mal humor, ni tomado en serio cosa alguna de tejas abajo y de puertas afuera; que rebosa de vida y de salud, y que nada teme, ni nada debe, ni nada envidia... Por último, ese hombre existe en carne y hueso; y soy yo, Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, y boticario también». Y entonces los sabios me contestarían, por poco sabios que fueran: «pues Leto Pérez, el hijo del boticario de Villavieja, no tiene sentido común». Y no le tengo, ¡carapel, no le tengo, y á eso iba; pues si le tuviera, no me sucedería lo que me sucede; porque á un hombre de sentido común no puede sucederle eso más que en un caso, y yo niego ese caso; y no solamente le niego, sino que la suposición de él me parece el más enorme de los absurdos, y además una irreverencia... ¡qué digo irreverencia?, un sacrilegio. De donde se deduce claramente que me quedé corto cuando, escribiendo al inglés, le dije que entre ser lo que ahora soy y volverme á lo que fui, vacilaría... ¡Vacilar, carapel! Á ciegas me agarro á lo de ayer. Ayer era yo el hombre más descuidado y venturoso de la tierra, y hoy me carga á lo mejor cada murria que me parte. ¡Qué más? ¡Hasta el mismo oficio de que vivo empieza á caérseme de las manos! Es una ma-

la vergüenza confesarlo; pero es la pura verdad. Nada, ¡carapel, que según van poniéndose las cosas, como si yo hubiera nacido hace dos meses. De esa fecha para atrás, el limbo... Con decir que hasta el yacht me impone condiciones para hacerse querer de mí... ¿Se ha visto otra? Pues así es. Ó con *ella* á bordo, ó que no. Y en estos remilgos, seis días de holgueta el muy tunante... Pero por esto no paso, porque sería ya de lo inaudito... Hoy se me han hinchado las narices, y te voy á dar tres tazas, por lo mismo que no quieres caldo...»

Por este arte despotricaba en sus adentros Leto Pérez bajando una mañana hacia el muelle, sin corbata ni chaleco, con una ancha boina en la cabeza y, por todo ropaje exterior, una americanilla y unos pantalones de lienzo. Como arreglaba la marcha al compás de los pensamientos, andaba con relativa lentitud, algo cabizbajo y con las manos en los bolsillos.

Cornias aparejaba el yacht, atracado á la escalerilla.

—¡Aviva!—le dijo en cuanto pisó el primer peldaño,—para ver si podemos *desabocar* con la vaciante y el terralillo que nos quedan.

En seguida bajó y se puso á ayudar á Cornias para acabar primero. Terminada la faena, le previno:

—Á desatracar para franquearnos.

Cornias, con la agilidad y presteza de un mono, empezó á cumplir la orden desanudando la estacha de proa para largarla.

—¡Espera!—le dijo de pronto Leto, con una inflexión de voz que revelaba algo de extraño para Cornias.

Suspendió éste la tarea y miró á Leto, que estaba á popa y sobre las puntas de los pies, como fascinado, con los ojos fijos en la blanca silueta de Nieves que acababa de aparecer en lo alto del Miradorio.

—¡Ay, carape!—se dijo:—con esto no contaba yo ahora. ¿Habrá visto el yacht aparejado desde allá arriba? ¿Vendrá acá?... Por las trazas, sí... ¡Pues buenas están las mías para recibirla, carape!... Pero, bien mirado, no estoy sucio ni roto... ¿Y si no nos ha visto, ni viene á lo que yo presumo? ¿Espero?... ¿Me largo?... ¡Largarme! ¡Tendría que ver! ¿Podría, aunque quisiera? ¡Pues no están vibrándome las fibras todas como si de pronto me hubiera henchido de la salud que me saltaba?... ¡Carape, carape, hombre, qué cosas estas tan extrañas!... Ya no la veo... ¿Por qué no serán transparentes los breñales que me la tapan ahora? ¿Por dónde echará? ¡Por dónde, por dónde! ¿Tienes más que ir á verlo, simplón, cuanto más que estás deseándolo?... Eso sí; pero ¿cómo lo tomará? ¿Á bien? ¿Á mal? ¡Ay, qué arrastradas

desconfianzas estas mías, que no acaban de curáseme! Á la una... á las dos... ¡Cornias!—dijo en voz alta,—atraca otra vez... y aguárdate así, que vuelvo en seguida.

Saltó á la escalera, la subió en dos zancadas, atravesó el muelle y el andén en muy pocas más, tomó el camino del Miradorio; y al dominar el primer recuesto se halló cara á cara con Nieves que venía por el entrellano á todo andar también, algo sofocadita y un poco anhelante; pero muy mona, ¡muy mona!

La pobrecilla temía llegar tarde: había visto desde allá arriba el grimpolón azul, y por él había presumido que estaba el *Flash* atracado al muelle; y estando atracado al muelle, sería para salir á navegar por alguna parte... «Pues buena ocasión», se había dicho entonces. «Puede que Leto quiera llevarme»; y hala, hala, hala... ¡qué ira le daba aquel pedazo de camino tan escondido del muelle, donde era inútil hacer una seña ó dar una voz! ¡Y si entre tanto se largaba el yacht? ¡Y ella que tenía tantas ganas de darse otro paseo en él! Desde el último, once días lo menos... y dos sin subir Leto á Peleches, ni dejarse ver por ninguna parte. ¿Había estado enfermo? ¿estaba enfadado, resentido de alguna cosa? ¡Qué injusto sería en ello! En Peleches, todos, todos le estimaban mucho y le estaban muy agradecidos.

Bien poco le quedaba que hacer á Leto en aquella escena que tanto le imponía desde lejos. Todo se lo daba hecho Nieves; todos los caminos le abría ella; y ¡con qué dulzura de mirar, con qué timbre de voz tan melodioso, con qué volubilidad tan espontánea y hechicera! Había que ser un leño para no atreverse, con aquel estímulo que le parecía sobrehumano, á ser un poco sincero y expresivo también; y se atrevió á serlo. Dijo el porqué de no haber subido á Pelechés en dos días. ¡Él ensadado, él ofendido! ¡Eso sí que era no conocerle!... ¡cuando precisamente las horas de esos días se le habían hecho siglos! Para entretener el tiempo mejor hasta la noche, en que pensaba volver á la tertulia de Pelechés, había resuelto pasar la mañana en la mar; y estando ya desatracando el yacht para franquearse, la había visto á ella bajar por el Miradorio, y había salido á su encuentro para ponerse á sus órdenes, por si no había visto el balandro aparejado, ó no venía con ánimos de embarcarse en él. ¡Carape, si recalcó lo de las horas largas, y estuvo valeroso y ocurrente en otras finezas semejantes el hijo del boticario! Y Nieves, tan ufana con ellas y tan agradecida. ¡Que le preguntaran entonces si la cruz de su nueva vida le pesaba, y si, para descargarse de ella, quería volver al limbo por que suspiraba poco antes!

Pero ¿por qué andaba Nieves por allí á aquellas horas? También se atrevió Leto á preguntárselo, caminando ya los dos hacia el muelle; y resultó que Nieves y su padre, después de dar un largo paseo en dirección á la mina, se habían sentado á leer en la Glorieta: don Alejandro un periódico, y ella aquel libro que traía debajo del brazo; don Alejandro se cansó muy pronto de leer, y se volvió á casa con propósito de destinar toda la mañana á despachar su correspondencia atrasada; ella se quedó leyendo, y advirtió á su padre que pensaba darse después una vuelta por el Miradorio, como hacía muchas veces. Desde el Miradorio había columbrado el palo del balandro con su grimpolón azul, y las pícaras tentaciones habían hecho lo demás.

—De manera, Leto—dijo en conclusión y deteniéndose para decirlo,—que ese paseo va á ser de contrabando, porque papá no sabe nada de él. Téngalo usted muy en cuenta, y dígame qué tiempo se necesita para darle por la mar... porque ha de ser por la mar el paseo de hoy, ó no me embarco.

—Pues por la mar será si usted quiere—respondió Leto, hechizado ante el aire resuelto de la animosa sevillana,—y podemos estar de vuelta antes del mediodía.

—Corriente—repuso Nieves después de me-

—Ditar unos instantes, con el entrecejo fruncido.
—Y dígame usted ahora, en conciencia de buen amigo y hombre honrado: ¿hago yo bien ó mal en estas cosas?

—¿En qué cosas?—la preguntó Leto algo sorprendido.

—En venirme sola á correr aventuras de esta especie... Es pregunta que me he hecho á mí misma muchas veces, y una no más á papá.

—Y ¿qué le ha respondido á usted su papá?
—volvió á preguntarla Leto, entrando en más hondas aprensiones.

—Ya ha visto usted cuántos paseos he dado sin él en el balandro, con muchísimo gusto suyo... Algo le inquietan los peligros del barco, por su poco juicio; pero como yo no los temo y usted es buen piloto, con tal de que yo me divierta... En lo demás, él es de opinión de que no se viene aquí á guardar etiquetas, ni á hacerse esclavo de miramientos vanos.

—Muy bien pensado.

—Eso creo yo también; pero ¿y ciertas gentes? ¿pensarán lo mismo?

—¿Se fía usted de mí, Nieves?

—Como de mi padre: se lo juro á usted.

—Pues entonces, ¿qué le importa á usted el juicio de esas ciertas gentes? Haga usted su gusto y riase de ellas.

—¿Lo cree usted, Leto?

—De todo corazón.

—Pues no se hable más de esto... Y dígame usted: ¿está el día á propósito para salir á la mar?

—¿Lo intentaría yo si no lo estuviera, Nieves? Y dígame usted á mí: ¿no se incomodará don Alejandro conmigo cuando sepa que sin su permiso he consentido en hacer eso que tan poco le gusta á él?

—No, señor, con tal de que estemos de vuelta antes de que él pueda alarmarse con mi tardanza.

—Eso corre de mi cuenta. Son las nueve menos cuarto... á poco más de las once puede usted estar en Peleches... porque no hemos de llegar á la Isla de Cuba... digo, cuento con que no se le antojará á usted.

—¡Me hace gracia la ocurrencia!... ¿Y si se me antojara, Leto?

—¡Si se le antojara á usted?... También eso me hace gracia á mí. Pues tenga usted la bondad de que no se le antoje, por de pronto... ¿Se cansa usted con el paso que llevamos?

—¡Bah!

—Es que no hay tiempo que perder si hemos de salir con la vaciante y antes de que salte la brisa. Por eso me he permitido...

—¿Quiere usted que corra más todavía?

—No hay necesidad: ya estamos á dos pasos del muelle.

—¿Quién es ese tipejo que se pasea en él?

—Un tal Maravillas: algunas veces anda por aquí, para que crean las gentes que estudia en el gran libro de la Naturaleza: es filósofo y ateo.

—¡Jesús!

—Sí, señora: un chico atroz. Ahora le trae al retortero la idea de publicar un periódico, y no acaba de publicarle.

—¡Con qué sonrisilla nos miral...

—De puro ateo y compasivo que es; sólo que el mejor día le va á borrar alguno la sonrisilla esa de un bofetón... digo, me parece á mí... ¡Ajál... ya estamos... Hoy no basta la mano, porque son muchos los escalones descubiertos y están algo resbaladizos: tenga usted la bondad de tomar mi brazo... ¡Atraca bien, Cornias, y ten firme!... Poco á poco, Nieves... Déjeme usted pasar primero al balandro... Deme usted su mano ahora... Muy bien... Ya estás botando, Cornias; y en el aire... ¡Listo el foque para hacer cabeza!... Pase usted á su sitio de costumbre, Nieves, que es el más seguro... Eso es... Avante vamos... ¡Listo el aparejo!

Se izó todo el trapo en un momento; y con el terralillo que aún duraba, aunque en la agonía, y la vaciante, comenzó el *Flash* á navegar hacia fuera. Como el impulso del aire era tan leve y el agua no oponía resistencia, la quilla se

deslizaba sin el cortejo de espumas y rumores que Nieves echaba muy en falta.

—Ya vendrá á su tiempo, y en abundancia —la dijo Leto,—porque el día está que ni de encargo para esas cosas... si usted no se arrepiente.

—¿Me cree usted capaz de arrepentirme—le preguntó ella mirándole fijamente y con expresión de asombro,—después de desearlo tanto?

—Como nunca se ha visto usted en ello...—replicó Leto, pesaroso de haber apuntado la sospecha.

—Aquí, no; pero ya le he dicho á usted que en otras partes, sí; y aunque ésta fuera la primera vez, ¿tan poca confianza tiene usted en la fuerza de mis resoluciones?

—En cuanto dependan de la voluntad de usted, no—dijo Leto;—pero como en cosas de la mar hasta los más avezados á ella no cortan siempre por donde señalan...

—Pues luego va á verse, señor marino, si hay aquí ó no hay valor para cortar por donde se ha señalado. Mientras tanto, le prohibo á usted aventurar juicios sobre el particular.

Leto casi se ruborizó por falta de una sutileza galante con que responder á la reprimenda sabrosísima de Nieves.

—¡Qué bonito acopio ha hecho usted hoy! —la dijo porque no se acabara la conversación

y aludiendo á la media guirnalda de yerbas y flores que llevaba Nieves sobre el pecho.

—¿Usted ha visto—respondió ella bajando la cabecita para mirarlas y acariciándolas al mismo tiempo con la mano,—qué helechos más primorosos? De tres clases y á cual más fina... Pues ¿y estos penachitos de farolillos carmesí?... ¿Cómo me dijo usted el otro día que se llamaban?

—Brezos.

—Es verdad, brezos: ¡qué preciosos! Pues ¿y estas otras florecitas azules que estaban á su lado? ¡Cosa más fina y delicada!... Vea usted qué bien componen con todo ello estas margaritas silvestres tan blancas, con el centro dorado... ¡Qué primor de campiña!

Hablando Leto con Nieves de éstas y otras cosas parecidas, con entero descuido, porque la marcha igual y monótona del barco no le exigía gran atención, muy á menudo la llevaba puesta, más que en las palabras que dirigía á su linda interlocutora, en el batallar de los pensamientos que le infundía la presencia de aquella criatura, confiada á su pericia y á su lealtad en aquel chinarrito del mundo, entre el cielo y la mar, en medio de la augusta quietud de la Naturaleza. Cuanto de honda y humana poesía palpitaba bajo la costra del humilde boticario, se conmovía y agigantaba entonces,

llenándole la mente de luz y el pecho de desconocidas sensaciones; y hubiera sido cosa digna de verse estampada en un papel, la imagen interior del vehemente y desapercibido Leto, perdido entre las evoluciones de su pensamiento, y por el ansia de analizarlos todos, volar de los más rastreros á los más altos, de los más grandes á los más pequeños; trastocar las especies muy á menudo, y apurarse por lo nimio y vulgar después de haberse mecido sereno en las alturas de lo sublime. Así, por ejemplo, tras de parecerle una herejía haber creído posible trocar por el limbo insulso de su pasado el dulce presente, con todas las contrariedades y amargores que necesariamente había de traerle aparejado, le sonrojaba de pronto la idea mezquina de verse allí, tan cerca de Nieves, vestido como un ganapán... quizá en el mismo instante en que Nieves, mirándole á hurtadillas, le veía mucho más hombre y más apuesto que nunca, con aquellos limpios, holgados y simples atavíos.

Duraron estas cosas tan entretenidas para Leto, y también para la sevillanita probablemente, poco más de un cuarto de hora; hasta que el balandro *desabocó*, y comenzó á sentir Nieves esas inexplicables impresiones, mezcla extraña de pavor y de alegría, que se apoderan de los novicios entusiastas como ella, al verse

de pronto mecidos por las ondas salobres de aquel abismo sin medida.

—Ya estamos fuera—la dijo Leto que leía esas impresiones en su cara.—Los síntomas no pueden ser mejores: *calma cernida*. Observe usted esa especie de muro de niebla que hay en el horizonte: es lo que llaman *ceja* los marinos; la mejor señal, en verano, de que va á *echar tieso*, es decir, á soplar luego una brisa fresca y bien entablada, como lo demuestra también este poco de trapisonda que hace balancear al barco y restallar las velas abandonadas á su propio peso... ¡Cornias! atesa acolladores y quinales, que trabaja demasiado el palo... De manera que nos hallamos en las mejores condiciones para poner á prueba las del yacht... ó para volvernos al puerto dentro de diez minutos, en popa, si usted se halla arrepentida de haber llegado hasta aquí... Con toda franqueza, Nieves.

Con toda franqueza y hasta con entusiasmo, se ratificó la animosa sevillana en sus deseos de llevar adelante su acariciado proyecto. Cierto que las embarcaciones en que ella había salido á la mar dos veces en Andalucía, eran mayores, bastante mayores que el *Flash*; pero ¿y qué? Lo que se perdía en holgura se ganaba en gozar más de cerca los lances del paseo. Conque adelante.

—Pues adelante—repitió Leto muy regocijado,—y no se hable más del asunto... ¡Listo, Cornias! que ya viene la brisa picando. Ha tardado menos de lo que yo esperaba, y me alegro: así empezaremos primero para acabar más pronto... porque usted está algo de prisa, Nieves, ¿no es verdad?

—Esté ó no esté—respondió Nieves con donosa formalidad,—el paseo ha de ser en toda regla. Conque aténgase usted á eso, y á nada más que eso... ¿Estamos?

¡Carape, cómo electrizaban á Leto aquellas monaditas de la sevillana! De pronto la dijo:

—¿Ve usted aquel rizadillo gris que tiene la mar allá lejos y viene avanzando hacia nosotros? Pues es el polvo que levanta la brisa en el camino que trae... ¡Á qué paso viene!

En seguida, dirigiéndose á Cornias, gritó:

—Ya está ahí... Caza escotas, que vamos en vuelta de fuera, y á ceñir... Y usted, Nieves—dijo volviéndose hacia ella,—agárrese bien á la brazola, y no se descuide un instante, porque esto no es la bahía... Y perdóneme si desde ahora no la hago los honores de la casa como yo quisiera, porque este caballerito es algo ligero de cascos y voy á necesitar muy á menudo poner los cinco sentidos en él.

En esto, sintiendo el *Flash* en su aparejo las

primeras rachas de la brisa, se inclinó sobre el costado de babor; y Leto dijo entonces:

—¡Á la buena bordada!

Y comenzó el balandro á navegar, ciñendo y escorando; pero no como en la bahía, en plano perfectamente horizontal, sino entre balances y cabezadas, que iban acentuándose á medida que refrescaba la brisa y la mar se rizaba, cubriéndose de *carneros* y *garranchos*.

Nieves se sobrecogió algo con las primeras *arfadas*, que llegaron á meter el carel debajo del agua revoltosa y espumante; pero la inaltable serenidad de Leto y aquella su honda y tenaz atención al aparejo, á la caña, á todo el organismo del barco y á su rumbo, y algunas miradas á ella de vivo y cariñoso interés, la tranquilizaron bien pronto, y hasta llegó á encontrar muy divertido aquel incesante cuneo, que la hacía el efecto de un columpio.

Tenía razón Leto al decir á Nieves que no le pidiera cortesías en cuanto empezara el barco á navegar: diez minutos después de decirlo, ya *no estaba en casa*; ya estaba fuera de sí mismo, de su naturaleza carnal y propia; ya era como el espíritu, el alma del barco que regía; el ser activo é inteligente se había infundido en la armazón y las lonas del yacht; no pensaba ni observaba ni sentía Leto Pérez como hombre, sino como barco; venía á ser á

modo de yacht inteligente, ó un ser racional con formas de balandro: lo que se quiera.

Bien claro le leía Nieves esta transfiguración en los ojos y en las actitudes, y se embebecía contemplándole así, segura de no ser observada por él, que llevaba toda la mar, toda la brisa y el barco entero y verdadero metidos en la cabeza.

De vez en cuando, pero siempre muy á tiempo, hacía una salidita á lo suyo, mirando ó hablando breves palabras á Nieves, como Leto mortal, vivo y efectivo; cosa que la complacía mucho, porque no la gustaba verse allí tan *sola* como en ocasiones creía verse.

—¿Va usted bien?—la preguntaba.

Y volvía á ser barco en seguida...

—Buen andar llevamos—pensaba para sus maderas,—pero no todo lo que debemos. Hay que arribar un poco... un poquito más... Ya metimos el carel... Lo menos echamos seis millas... Orza ahora un poco para que adricemos y vayamos con más desahogo, aunque con menos velocidad... ¡Bien, bien!... Ahí están esos condenados, en regata conmigo... (*Alto.*) Mire usted los delfines, Nieves, en rebaños, dándola á usted escolta de honor, y haciendo volatines fuera del agua para que usted los admire. ¡Cómo quieren lucir su ligereza pasándonos por la proa á lo mejor!

Nieves los admiraba, y hasta los temía al verlos surgir del abismo junto al carel, volteando como pedazos de rueda negra con aguzadas cuchillas de acero, enclavadas en la llanta.

—No hay cuidado—la dijo,—que son unos animalejos enteramente inofensivos, y además bobos.

Y con esto volvió á infundir su espíritu en el organismo de su barco y á pensar por él:

—Este andar no es para sangre marinera, con esta mar y esta brisa; hay que arribar otra vez, aunque los garranchos abundan... Cuestión de achicar, si es necesario. Dos garranchos á bordo. (*Alto.*) Cuidadito los pies, Nieves... y agarrarse... ¿Puede usted volver un poquito más la cabeza á la izquierda?

—¡Yo lo creo! ¿Para qué?

—Para que vea usted á Peleches desde aquí.

Volvióse Nieves como Leto quería, y exclamó al punto:

—¡Ay, qué bien se ve! Pero ¡qué en alto y qué lejos está, y qué iluminada la casa por el sol! Parece que nos está mirando con las ventanas... ¿Nos verá alguien desde allí, Leto?

—Al balandro, como un papel de cigarro, puede; pero á nosotros, difícilillo es á la simple vista... Agárrese usted, Nieves, que hay mucha trapisonada y son muy fuertes los ba-

lances. Aquí no se puede decir, como en bahía, que el barco paladea el agua; sino que la escupe y la abofetea y la embiste, ¿no es verdad?... y hasta riñe con ella, que, como usted puede observar, no se muerde la lengua tampoco... Vea usted allá lejos unas lanchas corriendo un largo... Son *boniteras*, de fijo... Así se pesca el bonito, á la *cacea*.

Poco después preguntó á Nieves, en cuya cara, más pálida que de costumbre, no se leía otra expresión que la de una curiosidad intensísima, si se daba por satisfecha con la prueba; ó quería apurarla más.

—Hasta ahora—respondió Nieves intrépida,—no ha metido el yacht más que una tabla; y usted me tiene dicho que puede con tres.

—Dos, Nieves...

—Tres, Leto: lo recuerdo bien.

—Conmigo, sí; pero llevándola á usted, no me atrevo.

—¿Teme usted dar la voltereta?

—Eso nunca; pero hay otros peligros...

—Pues las tres tablas quiero. Ya estoy acostumbrada á los balances, y esto me va pareciendo delicioso.

Leto, á reserva de engañarla con un artificio bien disimulado, la prometió complacerla, porque no tenía fuerza de voluntad para contrariarla.

—Pues á ello—dijo,—y agárrese usted bien que voy á preparar la arribada.

Apartó su atención de Nieves, y la puso toda en el yacht.

—La verdad es—pensaba,—que la ocasión es de oro para hacer eso y aun otro tanto más; pero ¡carape!... no señor, no señor: tiento, tiento, que no llevas á bordo sacos de paja... Y lo está deseando el maldito. ¡Qué luego sintió la caña! ¡Allá vas! Ya está sorbido el carel... ¡Hola, hola! garranchitos á mí por la proa, ¿eh? Toma ese hachazo por el medio... y ese par de rociones para duchas... ¡Carape con la recalcada!... Una tabla... Esto ya es andar... y embarcar agua también... Pues otro poquito más de caña ahora... para probar... ¡nada más que para probar!... Ya está la segunda. *(Alto.)* Vaya usted contando, Nieves: dos tablas...

—Una y media—respondió Nieves al punto.—Hasta tres...

—¡No sea usted tentadora! Dejémoslo en las dos, y crea usted que es bastante.

—¿Hay miedo, Leto?

—¡Tendría que ver!

—Pues lo parece.

—Vea usted los delfines otra vez... Los puede usted alcanzar con la mano. ¿Serán capaces de pretenderlo, los muy sinvergüenzas?

Pues al ver lo que se arriman y se presumen... Las gaviotas... Mire usted esa nube de ellas escarbando con las alas en el mar: allí hay un banco de sardinas...

—Lo que usted quiere—dijo Nieves pasando su mirada firme de los delfines y de las gaviotas á Leto,—es distraerme á mí del punto que estábamos tratando; pero no le vale... ¡Las tres tablas, Leto!

Leto empezó á creer que no había modo de resistirla ni de engañarla...

—Pues las tres tablas—dijo;—pero ¡muchísimo cuidado, Nieves!

Y se dispuso á complacerla, comenzando por olvidarla para no ser más que barco inteligente.

—Hay que volver á empezar—se decía;—y para esto, mejor era haberlo hecho del primer tirón, porque la brisa arrecia y la trapisonda crece... El carel... ¡por vida de la arfada!... De ésta, va á ser el pozo un baño de pies... Más caña... ¡Uf!... ¡qué sensible y qué retozón está hoy el condenado! En cuanto se le tocan las cosquillas, ya no le cabe en la mar... Una tabla... y un garrancho. Después hablaremos de estas rociadas, amigo Cornias... ¡Buena cabezada! Gracias que dimos en blando... La arribada ahora... Dos tablas, y sin carnero á bordo... ¡y qué andar, carape! Que nos alcancen

galgos ni las toninas siquiera... Pues toma más, ya que te gusta... ¡así! que no has de des-
arbolar por ello ni por otro tanto encima...
Y eso que parece que te duele el aparejo, por
lo que gime y se cimbre y se tumba... ¡Ay,
carape! que esto tiene su borrachera como el
vino... ¡Si me dejara llevar de ella!... Pero, en
fin, hasta las tres tablas, siquiera, que debe-
mos... falta una... ¡Toma más, bebe más, que
más puedes! ¡Vaya si puedes!... Hay que repe-
tir la arribada con mayor energía... ¡Allá va!...
¡Ah, carape, que se me fué la mano!...

Salió el barco como una exhalación, levanta-
ndo lumbres del agua; saltaron á bordo
grandes chorros de ella; oyóse un grito horri-
pilante, y desapareció Nieves entre las espu-
mas que revolvía el yacht por la banda su-
mergida.

—¡Divino Dios!—clamó entonces Leto en
un alarido que no parecía de voz humana.—
¡Vira, Cornias!

Y se lanzó al mar detrás de Nieves



XVIII

BAJO EL TAMBUCHO

CORREO que se nos desmaya, Cornias...
Era de esperar... El horror, el frío...
¡Desgraciada de ella... desgraciado
de mí... desgraciados de todos, si esto
ocurre antes de llegar tú á recogernos! Ya
no podía más... me faltaban palabras para alen-
tarla, fuerzas para sostenerla... y para soste-
nerme yo mismo. ¡Qué situación, Cornias!
¡Qué cuarto de hora tan espantoso! Anda más
de prisa... Ten firme... Aquí, sobre este ban-
co... ¡Santo Dios! ¡si me parece que sueño!...
Arrolla la colchoneta por esa punta para que
sirva de almohada... Así... Ahora convendría
reaccionarla; pero ¡cómo?... Con qué tenemos;
pero ¡cómo? vuelvo á decir... Destapa ese otro
banco y saca cuantas ropas haya dentro del ca-
jón... ¡En el aire!... Yo, al armario de las bebi-
das alcohólicas... ¡Inspiración de Dios fué el

conservarlas aquí... ¡Y se resiste la condenada vidriera!... Pues por lo más breve... ¿para qué sirven los puños?... Hágase polvo este cristal, y el armario entero si es preciso... Este ron de Jamaica es lo más apropiado... Una copa también... Ampara tú esto de los balances, sobre la mesa... pero dame primero una toalla de esas para secarme las manos, que chorrean agua... ¡Qué ha de suceder con esta chaqueta que es una esponja?... ¡Fuera con ella!... Vete echando ron en la copa... Venga ahora... Pero aguárdate que la enjague antes la cara... ¡Dios de Dios! ¡que yo no pueda hacer aquí lo que es más necesario... casi indispensable!... aflojarla estas ropas empapadas... quitárselas de encima. ¡Si me fuera dado ver y no ver; maniobrar con los ojos cerrados!... La copa en seguida... Ron en las sienas... en las ventanillas de la nariz... entre los labios... ¡Pero si con ese talle tan oprimido no pueden funcionar los pulmones!... Yo bien veo dónde está la abertura de la coraza... pero ¡no sería una profanación poner las manos ahí?... ¡No se me caerían de las muñecas?... Y hay que hacer algo por el estilo, y sin tardanza... Por la espalda si acaso... Justo: la misma cuenta sale... Tu cuchillo, Cornias... Ayúdame á ponerla boca abajo... ¡Dios me dé tino suficiente!... Por si acaso, el filo hacia arriba... Ya está cor-

tada la tela del vestido... Ahora las trencillas del corsé... y estos cinturones... Esta es obra más fácil... Trae aquel impermeable y tiéndele encima de ella y de mis manos, que no tienen ojos... Así... Ya queda el tronco libre de ligaduras... Á volverla ahora de costado... ¿Ves cómo respira con menos dificultad?... Más ron en seguida... ¡en el aire, Cornias! Le siente en los labios... Ten la copa un instante mientras la incorporo yo... Así... ¡Nieves!... ¡Nieves!... Dame la copa tú. ¡Nieves!... un sorbito de esta bebida para entrar en calor... Á ver, poquito á poco... Allá va... ¡Lo paladea, Cornias, lo paladea... y entreabre los ojos! ¡Sea Dios bendito!... Otro sorbo más, Nieves, hasta apurar la copa, aunque le repugne á usted: es esencia de vida... ¡Ajá!... Prepara otra, Cornias, por si acaso... Mira, hombre, ¡todavía conserva en el pecho parte de las flores que se había prendido esta mañana!... Sobre que se están cayendo... Toma. No las tires: guárdalas en ese armario abierto... por si pregunta por ellas... ¿Se siente usted mejor, Nieves? ¿Quiere usted otro poco de la misma bebida para acabar de reaccionarse?... ¡Mira, Cornias, qué fortuna en medio de todo! Ya vuelve en sí... ya está en sus cabales... ¡Bendito sea Dios!

El pudor, que es el sentimiento más afinado en la naturaleza de la mujer, fué lo primero que

vibró en la de Nieves al recobrar ésta el dominio de su razón. Notó la flojedad del cuerpo de su vestido, miróse, le vió desentallado, reparó en el impermeable que la cubría los hombros; y con una mirada angustiosa preguntó á Leto la causa de ello.

—Le he rasgado yo—respondióla el mozo, tan ruborizado como la interpelante,—porque era de necesidad abrir por algún lado para que usted respirara con desahogo... y elegí ese lado de atrás por parecerme menos... vaya, menos... y aun eso se hizo, al llegar al corsé, bajo el impermeable que no se le ha vuelto á quitar á usted de encima. ¿Es cierto, Cornias?

Cornias dijo que sí; y Nieves bajó la cabeza, estremeciése, y se arropó con el impermeable. Estaba pálida como un lirio, casi amaratada; chorreábale el agua por cabellos y vestido, y había una verdadera laguna en el suelo de la cámara; porque Leto, por su parte, era una esponja inagotable de pies á cabeza.

—Ahora, Nieves—la dijo éste casi imperativamente, pero traduciéndosele en la voz y en la mirada la compasión y el interés de que estaba poseído,—va usted á hacer, sin un momento de tardanza, lo que debió de haberse hecho en lugar de lo poco que yo hice... porque no me era lícito hacer más: está usted empapada en agua, está usted fría; y eso no es sano:

hay que quitarse esa ropa... ¡toda la ropa! enjugarse bien, friccionarse si es preciso, y volverse á arropar: yo no tengo vestidos que ofrecerla á usted, ni en estas soledades han de hallarse á ningún precio; pero tengo algo seco, limpio y muy á propósito para que pueda usted envolverse en ello y abrigarse... Vea usted una... dos... tres grandes sábanas de felpa... dos toallas... unas pantuflas sin estrenar, algo cumplidas de tamaño; pero donde cabe lo más, cabelo menos... Otro impermeable... ¿Se acuerda usted de la tarde en que les enseñé estas prendas visitando ustedes esta cámara? ¡Mal podía imaginarme yo entonces el destino que les estaba reservado para hoy! En medio de todo, bendito sea Dios, que menos es nada... Conque á ello, Nieves.. y tome usted antes otros dos sorbos de ron para rehacerse un poquito más... No insistiría, porque sé que le repugna este licor, si tuviera usted quien la ayudara en la tarea en que va á meterse; pero desgraciadamente, tiene usted que arreglarse sola, y hay que cobrar fuerzas... Vamos, otro sorbito... y tú, Cornias, ¡listo á pasar un lampazo por estos suelos!... Vea usted bien, Nieves: sobre la mesa pongo, para que las tenga usted más á la mano, las sábanas, las toallas y las babuchas... Allí queda el capuchón impermeable; y la botella del ron para el uso que la indi-

qué antes y la recomiendo mucho, en este armario... Después se pasa usted á aquel otro banco que está seco, y se acuesta un ratito... Para su mayor tranquilidad, voy á correr las cortinillas de los tragaluces... No hay ojos humanos en el yacht capaces de un atrevimiento semejante; pero usted no tiene obligación de creerlo... ¿Ve usted? Después de corridas las cortinillas, queda sobrada claridad para lo que tiene usted que hacer... ¡Ah! por si le ocurre llamar mientras esté sola aquí adentro, esta puerta de entrada tiene un cuarterón de corredera: observe usted cómo se abre y se cierra... Por aquí puede usted pedir lo que necesite... ¡Lisito, Cornias, que apura el tiempo!... Conque ¿estamos conformes, Nieves? ¿Hay fuerzas? ¿Sí? Pues á ello sin tardar un instante. Y ¡ánimo! que Dios aprieta, pero no ahoga.

Nieves, que había estado con la mirada fija en Leto, sin perder una palabra, ni un movimiento, ni un ademán del complaciente muchacho en su afanoso ir y venir, cuando le tuvo delante, á pie firme y en silencio pidiéndola una respuesta, se la dió en una sonrisa muy triste, pero muy dulce.

En seguida se llevó ambas manos á la frente y se estremeció de nuevo, exclamando:

—¡Dios mío, qué ideas me acometen de pronto, tan negras, tan raras!... ¡qué sobresal-

tos, qué visiones!... Estoy como en una pesadilla horrorosa... Mi pobre padre, tan tranquilo y descuidado en Peleches; yo, sin saberlo él, aquí ahora, de esta traza, en este mechinal... y un momento hace... ¡Dios eterno!... Leto... yo estoy viva de milagro... yo he debido de ahogarme hoy.

—No, señora—respondió Leto muy formal.

—¡Que no? Pues si no es por usted, primero, y por la destreza de Cornias en seguida... confesada por usted mismo cuando le veía acercarse...

—Cornias ha cumplido con su deber, como yo he cumplido con el mío; pero usted no podía ahogarse de ningún modo...

—¿Por qué?

—Porque... porque no: porque para ahogarse usted era preciso que antes me hubiera ahogado yo, y después el yacht con Cornias adentro, y después los peces de la mar, y la mar misma en sus propias entrañas, ¡y hasta el universo entero!... porque hay cosas que no pueden suceder ni concebirse, y por eso no suceden... Y ¡por el amor de Dios! esparza usted ahora esos tristes pensamientos, como yo esparzo los míos... que son bien tristes también, y muy mortificantes y muy negros, y conságrese sin perder minuto á hacer lo que la tengo recomendado; porque no da espera.

Tiempo sobrado nos quedará después para hablar de eso... y entregarme yo á la Guardia civil para que, atado codo con codo, me lleve á la cárcel, y después me den garrote vil en la plaza de Villavieja.

—¡Á usted, Leto?

—Á mí, sí; porque, en buena justicia, debió de haberme tragado la mar en cuanto la puse á usted en brazos de Cornias.

—Pero ¿habla usted en broma ó en serio?—le preguntó Nieves, contristada con el tono y el ademán casi feroces de Leto.

—Pues ¿no ha conocido usted que es broma para distraerla de sus visiones?—respondió éste fingiendo una risotada de mala manera, abochornado por su imprudente sinceridad.—Lo que la repito en serio es que urge quitarse todas esas ropas mojadas.

—¿Y las de usted?—le dijo á él Nieves viendo cómo le chorreaba el agua por las perneras abajo,—¿no son ropas mojadas?

—Las mías—respondió Leto—no hacen daño donde están ahora: somos antiguos y buenos amigos el agua salada y yo... Además, ya están casi secas y acabarán de secarse al aire libre, adonde voy á ponerlas en seguida con el permiso de usted. Vamos á ir empopados, y cuento con llegar al puerto en tres cuartos de hora; echemos otro hasta el muelle: la hora jus-

ta desde aquí... Téngalo usted presente para hacer su *toilette*... y hasta luego.

Con esto salió de la cámara, cerró la puerta y vocó á Cornias, que ya estaba esperándole con la maniobra *aclorada* y la sangre helada aún en sus venas con el recuerdo del espantoso lance que no se le borraría de la memoria en todos los días de su vida.

Se izaron las velas, se puso el *Flash* en rumbo al puerto, y cayó su piloto, no en su embriagadora obsesión de costumbre en casos tales, sino en las garras crueles de sus amargos pensamientos. Volaba el yacht cargado de lonas, arrollando garranchos y carneros, saltando como un corzo de cresta en cresta y de seno en seno, circuído de espumas hervorosas, juguétón, ufano... ¿Y para qué tanta ufanía y tanta presteza? Para tortura del pobre mozo, que veía en la llegada al puerto la caída en un abismo sin salida para él... Mirárase el caso por donde se mirara, siempre resultaba el mismo delincuente, el mismo responsable: él, y nadie más que él. Fué débil complaciendo á Nieves, sin consentimiento de su padre, en un antojo tan serio, tan grave, como el de salir á la mar á hurtadillas y con el tiempo medido; fué un mentecato, un majadero, haciendo valentías en ella, sin considerar bastante los riesgos que corría el tesoro que llevaba á su lado;

fué un irracional, un bárbaro, rematando sus majaderías con la bestialidad que produjo el espantoso accidente... No lo había dicho en broma, no: merecía ser entregado por la Guardia civil á los tribunales de justicia, y agarrotado después en la plaza pública, y execrado hasta la consumación de los siglos en la memoria de don Alejandro Bermúdez y todos sus descendientes. Y si don Alejandro Bermúdez y la justicia humana no lo consideraban así, ni el uno ni la otra tenían sentido común ni idea de lo justo y de lo injusto... ¡Que Nieves vivía! ¡Y qué, si vivía de milagro, como había dicho muy bien la infeliz? Su caída había sido de muerte, con el andar que llevaba el barco; y en esta cuenta se había arrojado él al mar... Si se obraba el milagro después, bien; y si no se obraba... ¿qué derecho tenía él á vivir pereciendo ella, ni para qué quería la vida aunque se la dejaran de misericordia? Esto no era rebelarse contra las leyes de Dios; era sacrificarse á un deber de caridad, de conciencia, de honor y de justicia. Él la había puesto en aquel trance; pues quien la hizo que la pagara. Esta era jurisprudencia de todos los códigos, y de todos los tiempos, y de todos los hombres honrados... ¿Comprometes la vida ajena? Pues responde con la propia. ¿Qué menos? Esto entre vidas de igual valor. Pero ¿qué

comparación cabía entre la vida de Nieves y la vida de Leto? ¡La vida de Nieves! Todavía concebía él, á duras penas, que por obra de una enfermedad de las que Dios envía, poco á poco y sin dolores ni sufrimientos, esa vida hubiera llegado á extinguirse en el reposo del lecho, en el abrigo del hogar y entre los consuelos de cuantos la amaban; pero de aquel otro modo, inesperado, súbito, en los abismos del mar, entre horrores y espantos... ¡y por culpa de él, de una imprudencia, de una salvajada de Leto!... Lo dicho: aun después de salvar á Nieves, quedaba su deuda sin pagar; y su deuda era la vida; y esta deuda debió habérsela cobrado el mar en cuanto dejó de hacer falta para poner en salvo la de su pobre víctima... Todo esto era duro, amargo, terrible de pensar; pero ¿y lo otro, lo que estaba ya para suceder, lo que casi tocaba con las manos y á veces se las inducía á dar contrario rumbo á su yacht? ¡Cuando éste llegara al puerto, y hubiera que pronunciar la primera palabra, dar la primera noticia, las primeras explicaciones, aunque por de pronto se disfrazara algo la verdad que al cabo llegaría á conocerse?... Don Alejandro, sus servidores y amigos... la villa entera, la misma Nieves, después de meditar serenamente sobre lo ocurrido... cada cual á su manera, ¡todos y todo sobre él!... Merecido,

eso sí, ¡muy merecido! Pero ¿dónde estaban el valor y las fuerzas necesarias para resistirlo? Hasta con el mar se luchaba y en ocasiones se vencía; pero contra la justa indignación de un caballero, contra el enojo de sus amigos, contra la mordacidad de los malvados y contra el aborrecimiento de ella... ¡Oh, contra esto sobre todo!... Aquí no cabía ni hipótesis siquiera. Antes que tal caso llegara, aniquilárale Dios mil veces, ó castigárale con la sed y la ceguera y todas las desdichas de Job: á todo se allanaba menos á ser objeto de los odios de aquella criatura que le parecía sobrehumana.

Después de subir Leto tan arriba en la escala de lo negro, sucedióle lo que á todos los espíritus exaltados movidos de las mismas aprensiones: que no pudiendo pasar de *lo peor* ni teniendo paciencia para quedarse quietecito donde estaba, comenzó á descender muy poco á poco, para cambiar de postura; y de este modo, quitando una tajadita á este supuesto, y un pellizquito al otro, y dando media vuelta al caso de más allá, fué encontrando la carga más llevadera y el cuadro general á una luz menos desconsoladora.

Para mayor alivio de su pesadumbre, al abocar al puerto se halló de pronto con la carita de Nieves asomada al cuarterón de la puerta de la cámara, mirándole muy risueña, con una

rosetita arrebolada en cada mejilla y cierta veladura de fatiga en los ojos... El alma toda se le esponjó en el cuerpo al aprensivo mozo. Aquellos celajes tan diáfanos, tan puros, no eran signos de la tempestad que él temía...

—Ya está usted obedecido—le dijo,—en todo y por todo. ¡Si viera usted qué bien me encuentro ahora! Siento hasta calor, y he cobrado fuerzas... Pero huelo á ron que apesto... Lo peor es que no puedo manejarme á mi gusto, porque estoy lo mismo que un bebé: en envolturas. Además, el capuchón por encima.

Leto bajó un poco la cabeza y apretó los párpados y las mandíbulas, como si tratara de arrojar de su cerebro alguna idea, alguna imagen que, contra su voluntad, se empeñara en anidar allí.

—Bien sabía yo—dijo por su parte y sólo por decir algo—que el remedio era infalible; sobre todo, aplicado á tiempo... Y aunque yo me privara del gusto de verla ahí tan repuesta, ¿no estaría usted mejor descansando sobre el almohadón que no se ha mojado?

—Ya lo he hecho durante un ratito—contestó Nieves;—pero me he levantado para preguntarle á usted una cosa que ha empezado á inquietarme bastante... Como yo hasta ahora no he tenido el juicio para nada... En primer lugar, ¿por dónde vamos ya?

—Entrando en el puerto.

—Y cuando lleguemos al muelle, ¿cómo salgo yo de aquí, Leto? Porque no he de salir en mantillas. ¿Ha pensado usted en esto también?

—También he pensado en eso—respondió Leto devorando el amargor que le producía el recuerdo de aquel caso, que era la primera estación del Calvario que él había venido imaginándose.—En cuanto lleguemos al muelle, irá Cornias volando á Pelechés en busca de la ropa que usted necesite... Se dirá, para no alarmar, que se ha mojado usted, no lo que ha sucedido...

—Me parece muy bien, y en algo como ello había pensado yo para salir del primer apuro. Después, Dios dirá... ¿No es así, Leto?

—Asimismo—respondió éste algo mustio otra vez.

—Pues yo creo—dijo Nieves notándolo—que hacemos mal en apurarnos por lo menos, después de haber salido triunfantes de lo más... Dios, que me oyó entonces, no ha de ser sordo ahora conmigo... para una pequeñez; porque después de lo pasado, todo me parece pequeño ya, Leto... ¡muy pequeño!... hasta el enojo y las reprensiones de papá... ¡Virgen María! Me veo aquí sana y salva y hablando con usted, vivo y sano también, y me parece mentira...

¡Qué horrible fué, Leto; qué espantoso! ¡En aquella inmensa soledad!... ¡qué abismo tan verde, tan hondo... tan amargo!...

Amargos y muy amargos le parecieron también á Leto aquellos recuerdos que él quería borrar de su memoria, y por ello pidió á Nieves, hasta por caridad, que hablara de cosas más risueñas.

—¡Si no puedo!—le respondió Nieves con una ingenuidad y un brío tan suyos, que no admitían réplica.—Estoy llena, henchida de esos recuerdos, como es natural que esté, Leto... porque no ocurren esas cosas todos los días, ¡ni quiera Dios que vuelvan á ocurrirle á nadie! Me mortifican mucho calladitos allá dentro, y me alivio comunicándolos con usted... ¡Y usted quiere que me calle!... Pues caridad por caridad, Leto: también yo soy hija de Dios... ¿Le parezco egoísta? ¿Le importuno? ¿Le canso? ¿Va usted á enfadarse conmigo?

¿Habría zalamera semejante? ¡Enfadarse Leto por tan poca cosa, cuando sería capaz!... Pidiérale ella que bebiera hieles para quitarla una pesadumbre, y hieles bebería él tan contento, y rescoldo desleído. No se atrevió á decirselo tan claro; pero como lo sentía, algo la dijo que sonaba á ello y le valió el regalo de una mirada que valía otra zambullida. En se-

guida dijo Nieves, volviendo á pintársele en los ojos la expresión del espanto:

—Todo lo recuerdo, Leto, como si me estuviera pasando ahora: qué tontamente desprendí las manos del respaldo para llevármelas á la cara, cuando sentí el chorro de agua en ella; la rapidez con que caí en seguida, y la impresión horrorosa que sentí al conocer que había caído en la mar; lo que pensé entonces y lo que recé; el desconsuelo espantoso de no tener á qué asirme ni dónde pisar... ¡Ay, Leto! si tarda usted dos segundos más, ya no me encuentra... me hundía, me hundía retorciéndome desesperada... ¡qué horror! Cuando me vi agarrada y suspendida por usted, me pareció que resucitaba... Después empezaron los peligros de ahogarnos los dos por mi falta de serenidad para seguir los consejos que me daba usted... Empeñada en asirme á usted, como si estuviéramos los dos á pie firme sobre una roca... Pero ¿quién puede estar serena entre aquellos horrores, Virgen María! Después ya fué otra cosa: á fuerza de suplicarme usted y hasta de reñirme, ya logré colocarme mejor y dejarle más libre y desembarazado... Á todo esto, alejándose el yacht, y usted explicándome por qué lo hacía... después todas sus palabras para darme alientos, hasta que el barco volviera por nosotros... ¡si volvía, Leto, si volvía á tiem-

po! porque á pesar de sus palabras, demasiado conocía yo lo que pasaba por usted: las fuerzas humanas no son de hierro; y aquella espantosa situación no daba larga espera... Recuerdo la alegría de usted cuando vió el yacht encarado á nosotros; sus temores de que á Cornias no se le ocurrieran ciertas precauciones, y el barco, por demasiada velocidad, pasara á nuestro lado sin poder recogerlos; y su entusiasmo cuando vimos caer las velas una á una, quedarse el barco desnudo, y al valiente Cornias de pie, con la caña en la mano y conduciéndole hacia nosotros hasta ponerle á nuestro lado, dócil y manso, y creo que hasta risueño... No parecía barco, sino un perro fiel que iba en busca de su señor. ¡No he de recordarlo, Leto? ¡Pues es para olvidado en toda mi vida por larga que ella sea?... Como lo que usted dijo en cuanto llegó á nosotros el yacht, y el pobre Cornias, pálido como la muerte, se arrojó sobre el carel con los brazos extendidos... ¿Se acuerda usted, Leto?

Leto, con la frente apoyada en su mano izquierda y el codo sobre la rodilla, no respondió á Nieves una palabra. Estaba aturdido, fascinado, quizá por los recuerdos que evocaba el relato; quizá por el acento conmovedor y la expresión irresistible de los ojos de la relatora.

La cual, después de contemplarle con cariñosa avidez unos momentos, añadió:

—Pues yo sí: «¡Á ella, Cornias; á ella sola!» Mal andaba yo de fuerzas entonces, ¡muy mal!... no podía andar peor; pero me hubiera atrevido á jurar que estaba usted gastando las últimas en ponerme en manos de Cornias... ¡Ay, Leto! Yo creía que en determinadas ocasiones de la vida, estaban excusados los hombres de ser galantes con las damas; pero, por lo visto, la regla tiene excepciones; y una de ellas me ha tocado á mí hoy, por dicha mía... ¡Y quiere usted que eche de la memoria todos estos recuerdos, ó que los conserve y me calle!... Y á todo esto—añadió, observando la emoción hondísima del original muchacho (que tenía que ver entonces, desgredado, en cuerpo y mangas de camisa, aún no bien seca, y los pantalones más que húmedos todavía),—¿dónde está Cornias?... Yo quisiera verle.

Como el yacht continuaba navegando en popa y no había que tocar la maniobra, Cornias iba á proa sentado al borde del tejadillo del tambucho, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza algo caída, pálido el color, y los ojos completamente en blanco; porque todo su mirar era entonces hacia adentro, donde le hervían las imágenes terribles de los re-

cientes sucesos en que le había alcanzado tan importante papel.

Acudió á la llamada enérgica de Leto, el cual le dijo:

—La señorita desea hablarte: baja.

Y bajó al fondo del pozo. Allí levantó la cabeza, y enderezó lo más que pudo la mirada al ventanillo de la puerta; y tal efecto le produjo la expresión dulce y melancólica de la carita de Nieves, incrustada en el hueco, y el cariñoso interés con que le miraba á él, al ínfimo Cornias, que comenzó á inflar los carrillos y amagar sollozos; con lo cual Nieves se enterneció también algo, y ninguno de los dos articuló palabra.

Observado por Leto y queriendo dar fin á la escena que tan dificultosamente empezaba, con el pretexto de que andaba el yacht en las proximidades del muelle, pidió permiso á Nieves para enviar á Cornias á su sitio; y la dijo en conclusión:

—De eso ya hablarán ustedes otra vez.

Fuése Cornias y preguntó Nieves á Leto:

—¿Tan cerca estamos ya?

—En cinco minutos llegamos...

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Nieves, palideciendo algo,—¡qué hormiguillo me entra ahora!... ¿Será miedo?

—Hay para tenerle—contestó el otro tiritando en su interior.

—Pues ánimo—repuso ella con la voz algo insegura,—y pensemos en lo más para no temer lo menos. Antes se lo dije también. Y ahora me vuelvo á mi escondrijo, hasta que pueda salir de él vestida de persona mayor... ¡Ah!... se me olvidaba—añadió después de haber retirado un poco la carita del ventanillo: —he visto en el armario unas flores iguales á las que yo llevaba en el pecho esta mañana, si no son las mismas...

—Lo son—respondió Leto hecho una grana, como si le hubieran achacado el robo de un panecillo.

—Pues ¿cómo están allí?—preguntó Nieves gozándose en el bochorno de Leto.

—Porque se le estaban cayendo á usted del pecho cuando la tendimos desmayada sobre el banco... y le dije yo á Cornias, después de recogerlas con mucho cuidado, que las guardara... por si preguntaba usted por ellas.

—Muchas gracias, Leto, aunque ya no me sirven. Puede usted tirarlas, si le parece.

—¡Eso no!—contestó Leto sin pararse en barras, acordándose del lance del Miradorio.—Bien están donde están, puesto que usted no las quiere.

—Y ¿no estarían mejor—preguntóle Nieves, con una sonrisilla que hablaba sola—en otra parte... por ejemplo, con cierto clavel rojo, en

el mismo libro, como apunte de dos fechas importantes?... En fin, al gusto de usted... y hasta luego.

Y corrió la tablilla de cuarterón.

—¡Lo propio que yo estaba pensando!—exclamó Leto para sí.—Dos fechas: el principio y el fin; porque esto es ya el acabóse... ¡Cornias!—gritó de pronto.—¡Arriá!

Arrió Cornias el aparejo que le sobraba al balandro; y así continuó éste deslizándose hasta atracarse á los maderos del muelle, con la misma precisión que si llevara medidas á compás las fuerzas y la distancia.

